

Agitación nacionalista y étnica en la Unión Soviética

Ronald Grigor Suny

*E*l despertar de las luchas

nacionales es quizás el problema social y político más grave que afronta Gorbachov en la actualidad. La raíz del conflicto hay que buscarla en la lucha que durante años han mantenido los diversos grupos étnicos que integran la población de la URSS por lograr su autonomía política y económica y por preservar sus tradiciones históricas y culturales.

El presente artículo¹ constituye un análisis detallado del surgimiento, desarrollo y perspectivas de las luchas nacionales y étnicas en este inmenso imperio multinacional.

* * *

CUANDO LA PRIMAVERA SE CONVERTÍA EN VERANO, las tumultuosas sesiones del Congreso de los Diputados del Pueblo en Moscú abrieron la política soviética al escrutinio de millones de televidentes. La apertura de la nueva legislatura, que debió haber sido un momento de triunfo para el presidente del Soviet, Mijail Gorbachov, fue opacada por las repetidas demandas de los diputados, en solicitud de información más completa acerca de la muerte de manifestantes georgianos nacionalistas a manos de tropas del ejército en abril pasado.

Como culminación de más de un año de emergente actividad nacionalista en la Unión Soviética, los trágicos eventos de Georgia sacudieron la confianza de muchos diputados en la habilidad de Gorbachov para llevar adelante sus reformas radicales desde arriba. Aun cuando consolidó su poder en el Kremlin y lanzó iniciativas asombrosas en política exterior, el líder soviético vio sus programas amenazados en el frente interno por la más masiva oposición militante en seis décadas, contra el viejo estilo de dominación del Partido Comunista. A lo largo y ancho de la Unión Soviética, la sociedad estaba encontrando una nueva voz, que tenía su origen en "organizaciones informales" con sus propias ideas de democracia, socialismo y autonomía. El florecimiento de pensamientos independientes fue especialmente espectacular en las repúblicas no rusas, en donde los activistas pudieron hacer sus llamamientos a gentes que compartían tradiciones y visiones comunes de sus intereses. En la periferia soviética existe un conglomerado listo para transformaciones de las prácticas políticas estancadas, de mucho mayor envergadura que las que busca Gorbachov. En esos lugares, las cues-

IV TRIMESTRE 1989

tiones sociales y políticas explotaron bajo la forma de una etnopolítica, con una fuerza repentina y masiva, nunca vista en las regiones rusas.

La potencia explosiva del nacionalismo y de su primo hermano, el separatismo, sorprendió a Gorbachov y a sus lugartenientes sin la clase de instituciones por medio de las cuales pudieran manejarse los conflictos entre los derechos locales y las prerrogativas centrales, y sin una clara visión del futuro de las relaciones entre el centro ruso y la periferia no rusa. Ni la Constitución soviética, ni los cánones del marxismo-leninismo pudieron ser aplicados para obtener respuestas útiles a la auto-expresión sin precedentes de los pueblos del Cáucaso y del Báltico. Los espacios en blanco de la Constitución, en donde deberían estar consignados los derechos de unión o de autonomía de las repúblicas y las regiones, pusieron en evidencia la debilidad general y la imprecisión de las leyes de un país con una tradición histórica de poco apego a las normas legales. La confusión y la indecisión acosaron a los líderes soviéticos a medida que crecía el abismo entre sus más circunspectos planes de reforma y las visiones sin límites de la población. Había que diseñar nuevas reglas para un nuevo juego, a fin de poder afrontar la creciente confusión producida por la "cuestión nacional".

Las fuentes del nacionalismo

SI BIEN LOS LÍDERES SOVIÉTICOS FUERON SORPRENDIDOS por esta vehemente manifestación de sentimiento nacionalista, no se encontraban solos en su sorpresa. "El marxismo", escribe el sociólogo-antropólogo Ernest Gellner, "contenía la anticipación de la declinación del nacionalismo. Igual cosa ocurría con el liberalismo del siglo XIX"^{1A}. Marxistas y liberales occidentales por igual creían que la vida moderna, la división internacional del trabajo, la movilidad de la población y la educación masiva pondrían fin a las pasiones localistas atávicas de las comunidades étnicas, e inaugurarían una nueva era de razón y de liberación del chauvinismo nacionalista. Tales ilusiones debieron sufrir un rudo golpe con el ascenso del fascismo a principios del presente siglo. Sin embargo, el poder de ambas versiones de la teoría de la modernización pudo más que la evidencia de los sentidos y continuaron prediciendo la erosión del nacionalismo: el Occidente capitalista se convertiría en un verdadero caldo de cultivo de diversos grupos de nacionalidades, en tanto que en la Unión Soviética éstas en últimas se integrarían para convertirse en un pueblo homogéneo.

Sólo el advenimiento de la descolonización y el auge del nacionalismo en el Tercer Mundo, junto con un despertar étnico en los países desarrollados luego de la Segunda Guerra Mundial, indujeron finalmente a los expertos occidentales a revisar estas predicciones. Algo tardíamente, también los marxistas soviéticos se vieron forzados a reconocer la extraordinaria resistencia del nacionalismo. Cuando las cuestiones étnicas, antes que los asuntos

puramente sociales ocuparon el centro de la expresión de las masas en la Unión Soviética de Gorbachov en 1988, todos con excepción de los seguidores más irreductibles, se convencieron de que la "cuestión nacional" no se evaporaría pronto.

En contraste con los eruditos y teóricos del establecimiento soviético, los observadores occidentales tendieron en años recientes a predecir un futuro de fermento nacionalista en la Unión Soviética. Estos analistas enfatizaban en la antigüedad y la universalidad de los sentimientos nacionalistas, condenaban los esfuerzos del Estado soviético por rusificar a la población y rechazaban las afirmaciones soviéticas de que habían ocurrido transformaciones sociológicas, demográficas y culturales positivas en las repúblicas no rusas. Mientras que los soviéticos consideraban las manifestaciones de nacionalismo como meros remanentes (*perezhitki*) de un orden social más primitivo, para los occidentales la etnicidad aparecía como la base principal de una autoexpresión colectiva legítima, y por tanto destinada a presentar un desafío permanentemente subversivo al imperio soviético multinacional.

Sin embargo ninguna de las dos construcciones teóricas ha sido capaz de explicar la extraordinaria resistencia de la etnicidad dentro del mundo soviético, las hostilidades que se han desarrollado entre comunidades étnicas, o la compleja y variada evolución de las nacionalidades soviéticas. El nacionalismo que se ha arraigado en decenas de millones de personas en la Unión Soviética en los años recientes, no representa ni el despertar de una esencia eterna común a todos los pueblos, ni un lamentable retroceso a una era anterior de lucha y de derramamientos de sangre. Por el contrario, es producto de la particular experiencia de construcción nacional que viene dándose en la Unión Soviética desde comienzos de la década de los veinte.

Es ahora comúnmente aceptado que el nacionalismo y aún la nacionalidad por sí misma, lejos de ser características naturales o primordiales de las sociedades humanas, son fenómenos relativamente recientes que surgen en coyunturas históricas específicas. En lugar de adherirse a una especie de teoría de la "Bella Durmiente" del nacionalismo —la cual supondría que el nacionalismo está siempre presente pero que solo puede manifestarse cuando se ofrece una apertura política— la mayoría de los expertos cree hoy que la formación misma de la nación depende del crecimiento del mercado, del capitalismo y de la urbanización, de la educación masiva y de la ampliación del alfabetismo². Para Gellner, uno de los más extremos proponentes de esta escuela, "los hombres en general no se vuelven nacionalistas debido a la existencia o no de sentimientos o sentimentalismos atávicos, de hondas raíces o basados en mitos: se vuelven nacionalistas llevados por la necesidad genuina, objetiva y práctica, así ésta no se reconozca en forma clara"³.

1/ *World Policy Journal*, Verano, 1989.

1A/ Ernest Gellner, *Thought and Change (Pensamiento y Cambio)* (Chicago: The University of Chicago Press, 1964), p. 147.

2/ Ver el influyente trabajo de Karl W. Deutsch, *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality (Nacionalismo y Comunicación Social: Un Ensayo sobre los Fundamentos de la Nacionalidad)* (Cambridge, MA: MIT Press, 1953, 1966); también Eric Hobsbawm, "Some Reflections on 'The Break-up of Britain'", ("Algunas Reflexiones sobre 'El Rompimiento de Gran Bretaña'"), *New Left Review*, No. 105 (Septiembre-Octubre 1977), p. 23; y además Geoff Hiley, "Nationalism and Social History" ("Nacionalismo e Historia Social"), *Social History*, 6 (1981), pp. 83-107.

3/ Gellner, op. cit., p. 160.

Otros analistas han descrito las nacionalidades como “comunidades imaginadas” y han enfatizado en la importancia de la intervención activa de estudiosos y activistas políticos en el proceso de “inventar tradiciones” que construye la imagen que una nacionalidad tenga de sí misma⁴. En otras palabras, no siempre han existido las naciones listas a convertirse en Estados a la primera oportunidad, sino que son el producto de procesos culturales, sociales y políticos específicos de la era moderna.

En el caso soviético, esta perspectiva hacia la comprensión del nacionalismo es particularmente útil. Mientras que las comunidades étnicas unidas por el idioma, la cultura, el territorio común y, muy a menudo la religión, han existido por siglos en lo que es hoy la Unión Soviética, no fue sino hasta la expansión del nacionalismo después de la Revolución Francesa que élites intelectuales y políticas comenzaron a articular los conceptos de una nacionalidad secular, de la soberanía popular y la autodeterminación como derechos humanos legítimos⁵. Aún entonces, las élites urbanas tuvieron gran dificultad para extender estas nociones a las amplias masas por medio de periódicos en lengua nativa, poesía y actividad política⁶. En el momento de la Revolución Bolchevique de 1917, el nacionalismo era poco más que el credo de una élite, compartido por unos intelectuales urbanos relativamente aislados. Apenas si había tocado el grueso de las poblaciones étnicas del imperio ruso, compuesto principalmente por campesinos que se identificaban con su región o con su religión⁷. Lejos de haberse formado completamente durante la época de la Revolución, las nacionalidades soviéticas más grandes sólo se convirtieron en naciones coherentes, articuladas y conscientes durante los primeros setenta años del poder soviético.

El proceso de construcción nacional bajo el régimen soviético fue considerablemente facilitado por las primeras políticas bolcheviques. En particular, el compromiso del partido con la noción leninista de la autodeterminación nacional y su concreción en el establecimiento de un sistema de administración cuasifederal —el primero en el mundo con unidades territoriales basadas en la etnicidad— trabajaron en favor de la consolidación de la cohesión étnica y nacional, en lugar de erosionarla.

4/ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el Origen y la Extensión del Nacionalismo) (Londres: Verso, 1983); Maxime Rodinson, *Cult, Ghetto and State: The Persistence of the Jewish Question* (Culto, Ghetto y Estado: La Persistencia de la Cuestión Judía) (Londres: Al Saqi Books, 1983).

5/ En sus numerosos estudios, Anthony S. Smith ha enfatizado en las características premodernas de lo que él denomina “la etnia”, o sea las comunidades étnicas sobre las cuales se construyeron las naciones modernas. Ver por ejemplo *The Ethnic Origins of Nations* (El Origen Étnico de las Naciones) (Oxford: Basil Blackwell, 1986).

6/ Un trabajo que ha abierto caminos de investigación sobre la actividad real de los intelectuales y patriotas en la formación de las pequeñas nacionalidades de Europa Oriental es el de Miroslav Hroch, *Social Preconditions of National Revival in Europe: A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations* (precondiciones sociales del resurgimiento nacional en Europa: Un análisis comparativo de la composición social de los grupos patrióticos en las naciones europeas más pequeñas) traducido al inglés por Ben Fowks, (Cambridge: Cambridge University Press, 1985).

7/ Una discusión más completa del nacionalismo entre los pueblos del imperio ruso en la época de la revolución puede encontrarse en, Ronald Grigor Suny, “Nationalism and Class as Factors in the Revolution of 1917” (“Nationalismo y clase como factores de la revolución de 1917”), CSSTT working paper No. 9 (Octubre 1988), Programa de Estudios Comparativos de las Transformaciones Sociales, The University of Michigan, Ann Arbor.

Aunque la cultura política bolchevique siempre ha sido profundamente antinacionalista, la tradición leninista en los hechos toleró e inclusive alentó la conciencia nacional. Convencido de que la represión sólo alimentaría el nacionalismo y las tendencias separatistas, y confiando en que las mejoras en la base económica eventualmente conducirían a la erosión del nacionalismo y de las distinciones nacionales, Lenin urgió a sus camaradas a evitar la aparición de interferencias gran-rusas en las repúblicas no rusas. De esta manera, comenzando en los años veinte una política de “nativización” (*korenizatsiia*), promovió el empleo de cuadros nativos en las repúblicas étnicas y demandó que la enseñanza fuera impartida en las lenguas locales, con provisiones hechas para tener en cuenta las minorías étnicas dentro de cada república. Se crearon soviets nacionales para las comunidades étnicas que vivían por fuera de sus respectivas áreas geográficas y para aquéllas sin zonas designadas. Los judíos, por ejemplo, tenían sus propias escuelas, soviets locales y una sección especial del Partido Comunista⁸.

La experiencia de construcción nacional, aunque difícilmente merecedora de la condena monotemática que a menudo han volcado sobre ella los soviétólogos occidentales, tampoco fue el proceso benigno totalmente positivo que los estudiosos soviéticos presentan como “el florecimiento de las nacionalidades”. A finales de los primeros años de la década de los treinta, cuando la *korenizatsiia* alcanzó su cenit, el impulso de Stalin hacia la industrialización y la autocracia hizo que la sensibilidad por los intereses étnicos deviniera en cosa del pasado.

Bajo su régimen, el tratamiento dado por el Estado a los pueblos no rusos llegó a su nadir absoluto, cuando los dirigentes comunistas nacionalistas fueron aprisionados o ejecutados, los escritores y artistas nacionales perseguidos y varias nacionalidades pequeñas desarraigadas de sus tierras ancestrales. La religión y las tradiciones patriarcales y tribales —todas ellas elementos importantes de las culturas étnicas— fueron minadas por la fuerza de la modernización, la industrialización y la colectivización de la agricultura que impulsó entonces el Estado soviético. Por supuesto, todos los pueblos soviéticos, rusos y no rusos por igual, recibieron el mismo tratamiento del stalinismo y soportaron los rigores económicos que les deparó la construcción de la economía estatal más grande del mundo. Pero para los pueblos no rusos la coerción y las decisiones económicas fueron identificadas con una nación extraña y consideradas como el producto de un pesado colonialismo socialista.

Paradójicamente, aun cuando las expresiones nacionalistas fueron sofocadas y las tradiciones étnicas erosionadas por el gobierno, continuó la consolidación de las nacionalidades en las regiones y repúblicas no rusas. Las nacionalidades no rusas no solamente sobrevivieron, sino que emergieron

8/ Zvi Y. Gmelman, *Jewish Nationality and Soviet Politics: The Jewish Sections of the CPSU, 1917-1930* (Nacionalidad judía y política soviética: las secciones judías del PCUS, 1917-1930) (Princeton: Princeton University Press, 1972).

que emergieron con una nueva fortaleza —intelectualidades nacionales, tasas más altas de alfabetismo, poblaciones más urbanizadas y mejor informadas. La mayoría de las repúblicas nacionales llegaron a ser más “nacionales” desde el punto de vista demográfico y cultural. Las élites nacionales crecieron en poder, a menudo desafiando los intentos de las autoridades soviéticas centrales por controlar los asuntos en sus respectivas repúblicas. En lugar de un pueblo soviético homogéneo, la forma soviética de modernización produjo nacionalidades coherentes, consolidadas y conscientes, firmemente establecidas en sus propios territorios. Sin embargo, el proceso no fue experimentado por todas las nacionalidades en el mismo grado y hasta el mismo punto.

En Transcaucasia —Armenia, Azerbaijón y Georgia— las influencias rusificadoras de la política educacional y las presiones asimilatorias generadas por un estilo de vida más móvil y urbano, fueron resistidas con éxito por comunidades nacionales compactas y en lento desarrollo. En contraste, en las repúblicas occidentales de Bielorrusia, Moldavia y Ucrania, la inmigración rusa y la promoción forzada de este idioma, empleado por los partidos comunistas locales, socavaron los idiomas y las prácticas culturales nativas, particularmente en las ciudades. Las repúblicas del Asia Central y del Báltico se encontraron en algún punto entre estos dos extremos: la religión y el apego a las tradiciones locales sobrevivieron los efectos de la soviétización, mientras que las poblaciones urbanas tendieron a adaptarse al estilo de vida soviético dominado por lo ruso.

Las fuerzas contradictorias, de un lado hacia una mayor consolidación nacional, y del otro hacia una mayor asimilación e incluso rusificación, dieron origen a tensiones irresolubles para los pueblos no rusos. Los beneficios del desarrollo social y cultural soviético, que incluyeron una mayor movilidad social, mejor acceso a la educación, más libertad para la mujer y el mejoramiento en el servicio de salud, fueron a menudo contrabalanceados por los costos del crecimiento económico forzado y los límites estrictos impuestos sobre las expresiones nacionales. Paradójicamente, a medida que se formaban una concepción más clara de su identidad étnica, los no rusos sintieron más agudamente los peligros para su futura existencia. En las últimas décadas, una nacionalidad tras otra, incluyendo la más grande en la Unión Soviética, la gran-rusa, comenzaron a experimentar una profunda ansiedad por la pérdida de su herencia cultural, su posición demográfica y por el asalto de la modernización económica sobre su medio ambiente. Aunque sus programas nacionales difieren sustancialmente uno del otro, todos los pueblos soviéticos compartieron este fuerte sentimiento de que sus nacionalidades estaban en peligro.

Para los estonios y lituanos el peligro provenía del gran número de rusos étnicos que se establecieron en sus repúblicas, minando la supremacía lingüística y demográfica de sus poblaciones locales. Entre 1959 y 1989, los lituanos se convirtieron en una minoría en su propia patria, mientras que los estonios permanecieron siendo una escasa mayoría en la suya. Para los bielorrusos, moldavos y ucranianos, la amenaza más inmediata provenía de la penetración del idioma y la cultura rusos, especialmente en las ciudades.

Todos estos tres pueblos vieron la declinación de sus respectivos idiomas en favor del ruso; los moldavos además, permanecieron artificialmente separados de sus compatriotas étnicos, los rumanos.

Otras nacionalidades soviéticas se sintieron en peligro, no tanto por la penetración de la cultura rusa o por las autoridades centrales soviéticas, sino por la acción de grupos nacionales vecinos. Para los armenios, la preocupación más aguda fue la pérdida de una parte de su territorio étnico, Nagorno-Karabakh, que había sido dejado en “orfandad”, al asignarse a la vecina república de Azerbaijón. Para los azerbaijanos, el peligro provenía de los “imperialistas” armenios; para los georgianos, de los secesionistas abkhazianos. Aún los grandes rusos se sintieron amenazados por el temor a la destrucción de sus aldeas y monumentos históricos, el envenenamiento de sus ríos y, para las imaginaciones más perversas, por la creciente presencia en su territorio de extranjeros, musulmanes y judíos⁹.

La amenaza común sentida hondamente por todos los nacionalistas a lo largo y ancho de la Unión Soviética, fue aquella proveniente de la destrucción ambiental. La cultura política bolchevique tradicional ha sostenido que los hombres pueden conformar y conquistar la naturaleza a su voluntad, y la promoción desde el gobierno de proyectos económicos de gran escala —complejos industriales gargantescos, desviación de ríos, drenaje de pantanos e irrigación de desiertos— ha sido llevada a cabo con muy pocos miramientos por el medio ambiente. Junto con crecientes preocupaciones y reclamos específicos de cada grupo, los nacionalistas de la Unión Soviética también han levantado el estandarte de la ecología, temerosos de que un crecimiento sin restricciones conduzca a la destrucción de un precioso e irremplazable legado natural.

El crecimiento subterráneo de esa conciencia y cohesión nacionales nunca fue confrontado directamente durante los largos años de “negligencia benigna” hacia la cuestión nacional, bajo Khrushchev y Brezhnev. Los disidentes nacionalistas solo ocasionalmente pudieron expresar sus crecientes temores y frustraciones. Más a menudo, las élites comunistas locales buscaron canalizar y controlar los sentimientos nacionalistas, cooptando a intelectuales étnicos, construyendo monumentos y ampliando ligeramente el rango de las expresiones permitidas. Pero tales medidas sirvieron solamente para oscurecer la profundidad del descontento nacionalista. Como resultado, las dimensiones reales de la cuestión nacional fueron sentidas únicamente con el advenimiento al poder en 1985 de Mijail Gorbachov.

El reto de Gorbachov

CUANDO GORBACHOV SE EMBARCO EN SU AMBICIOSO PROGRAMA de reformas, desató fuerzas de una magnitud que él no podía haber previsto. A medida que la nueva dirigencia soviética trazaba un nuevo e impredecible cur-

9 / Ver los ensayos de John B. Dunlop, Darrel P. Hammer, Andrei Sinyavski, Ronald Grigor Suny y Alexandr Yanov en “Russian Nationalism Today”, edición especial de *Radio Liberty Research Bulletin*, Diciembre 19, 1988.

so en su esfuerzo por atender los problemas económicos y sociales que se ahondaban, el descontento y la frustración acumulados por tantos años en la base de la sociedad comenzaron a explotar a través de las fisuras en la estructura estatal. Inesperadamente, buena parte de esta presión tomó la forma de disturbios nacionalistas y étnicos.

En un sentido fundamental, Gorbachov comenzó a crear una nueva Unión Soviética, que continúa asombrando a veteranos visitantes y dejando muy atrás las rancias concepciones de los soviétólogos occidentales. Los decepcionantes resultados de las inicialmente tímidas reformas del mandatario condujeron a una aceleración de la *perestroika* y a una expansión de los límites de la *glasnot*. Una vez que Gorbachov conformó su alianza con los intelectuales "liberales" y alentó a los periodistas a denunciar las fallas del sistema soviético, no solamente se escucharon puntos de vista divergentes, sino que un profundo cuestionamiento de las formas establecidas de gobernar, vivir y trabajar comenzó a minar todas las estructuras de pensamiento y práctica heredadas de la época de Stalin. Aparecieron frágiles asociaciones por fuera de lo permitido por la sanción oficial, parecidas a brotes tiernos en la nieve primaveral, y comenzó a emerger una incipiente sociedad civil bajo la forma de grupos culturales y clubes políticos independientes¹⁰. Se revivió la opinión pública como una fuerza política, y aun cuando el Partido Comunista continuó siendo el único oficialmente permitido, los debates públicos y las competencias electorales dieron nacimiento a una oposición extraoficial. Hoy es posible argumentar que existe un sistema multipartidista en todos los aspectos, excepto en el nombre.

En la mayor parte de la Unión Soviética, este resurgimiento de la sociedad civil y del discurso público ocurrió dentro de las formas de asociación que sobrevivieron más completas al stalinismo y al brezhnevismo, es decir, las formaciones étnico-culturales. Mientras que la solidaridad de género o de clase habían sido minadas por la represión de las organizaciones basadas en estas lealtades y por la negativa oficial a aceptar que pudieran existir en la sociedad soviética conflictos centrales en esos ejes, las instituciones y la cultura étnica se mantuvieron durante todo el período. Permanecieron las aldeas étnicamente homogéneas; las formas tradicionales de vida, aunque amenazadas por la modernización, sobrevivieron hasta cierto punto; y, las redes familiares mantuvieron su importante papel en muchas culturas étnicas. La literatura y el arte pueden haber sido socialistas en el contenido, pero mantuvieron sus formas nacionales. Una conciencia nacional, en sus diversas variedades, sobrevivió sirviendo de eslabón a disparejas preocupaciones —económicas, ecológicas y culturales— conformándose en una síntesis poderosa, así no siempre consistente, que implícitamente desafiaba las prácticas y racionalizaciones de las autoridades soviéticas.

La emergencia de un nacionalismo masivo y movilizad, primero en Armenia y Azerbaijón, luego en las repúblicas bálticas y en todas partes,

10 / Moshe Lewin, *The Gorbachev Phenomenon: An Historical Phenomenon* (Berkeley: University of California Press, 1988).

representó un grave problema de gobierno para la nueva dirigencia soviética. A diferencia de los grupos étnicos de los Estados Unidos, las nacionalidades soviéticas no son minorías, al menos en sus propios territorios, sino naciones compactas, conscientes y en creciente movilización, con sus propias agendas políticas y culturales, intelectualidades nacionales y élites políticas. Aun más, su comprensión de la realidad a menudo está en conflicto fundamental con la de las autoridades del Kremlin, así como la de sus vecinos. Aunque los aproximadamente 100 pueblos y nacionalidades soviéticas comparten una experiencia histórica común que incluye la Segunda Guerra Mundial y el stalinismo, cada uno de ellos tiene su propio prisma cultural a través del cual mira al mundo, y su propio marco de referencia por medio del cual interpreta sus experiencias presentes y pasadas¹¹.

La reciente violencia étnica en Armenia y Azerbaijón suministra un ejemplo útil de cómo las percepciones de la realidad están matizadas por las experiencias nacionales o históricas. Los armenios percibieron la matanza de sus compatriotas en el pueblo azerbaijano de Sumgait en febrero de 1988, como un "genocidio", que revivió los recuerdos de las masacres y deportaciones de 1915 a manos de los turcos otomanos. Para los azerbaijanos, por otra parte, los reclamos armenios sobre Karabakh —una región que los azerbaijanos también consideran parte de su tierra patria— evocaron recuerdos de injusticias históricas. Durante la mayor parte del siglo XIX, los musulmanes de Transcaucasia oriental, aunque mayoritarios, eran el pueblo peor pagado, menos poderoso y más despreciado de la región, mientras que los rusos y los armenios cristianos llevaban un nivel de vida evidentemente de mejor calidad¹².

Mientras más grande sea la nacionalidad, mayores son las amenazas que su diferente comprensión puede representar para Moscú. Las veintidós nacionalidades soviéticas con una población mayor de un millón cada una, significan más del 90 por ciento de la población soviética, mientras que las 73 nacionalidades restantes, con menos de un millón, representan menos del tres por ciento. Claramente, una insurgencia nacionalista dentro del primer grupo de naciones significa un desafío mucho mayor para el control de Moscú sobre la periferia, de lo que representaría una rebelión similar en los pueblos más pequeños¹³.

Quince naciones soviéticas tienen su propia república unida, con todas las características de un Estado, excepto la soberanía completa, y es aquí

11 / Este punto de vista está particularmente bien sustentado por Caroline Humphrey en su estudio sobre dos granjas colectivas buriat en Siberia, *Karl Marx Collective: Economy, Society and Religion in a Siberian Collective Farm* (Cambridge: Cambridge University Press, 1983). Ella escribe en su conclusión: "Ha habido un proceso de transferencia de conceptos culturales mongol-buriats, con relativamente pocos cambios en su significado, de un contexto social al otro, a medida que la sociedad se ha transformado... En el caso buriat, viejos 'elementos culturales' han sido diversificados, rotos y ramificados para poder encontrar significado en la actual transformación drástica de la economía y la sociedad" (p. 438).

12 / Ronald Grigor Suny, *The Baku Commune, 1917-1918: Class and Nationality in the Russian Revolution* (Princeton: Princeton University Press, 1972), especialmente el capítulo 1.

13 / Paul A. Goble, "Gorbachev and the Soviet Nationality Problem" en Maurice Friedberg y Heyward Isham, eds., *Soviet Society under Gorbachev: Current Trends and the Prospects for Reform* (Armonk, N.Y.: M.E. Sharpe, 1987), p. 81.

en donde reside el desafío potencial más grande al control por parte de Moscú. Los intelectuales de muchas de estas repúblicas han aprendido a concebir sus naciones como potencialmente soberanas y la retórica de la autodefinición (siempre una parte importante de la ideología soviética), de la libertad, el progreso y el patriotismo ha sido apropiada en décadas recientes como el vocabulario de las intelectualidades étnicas. De esta manera, el patriotismo étnico y no el marxismo conforma la retórica de los intelectuales armenios, estonios y georgianos. Con la aparente pérdida de fe en el marxismo-leninismo en una era de pluralismo oficialmente permitido, y el creciente pesimismo entre los soviéticos mejor educados en torno al proyecto socialista en general, el nacionalismo se ha convertido en un poderoso contradiálogo, que cuenta con la adhesión de grandes cantidades de ciudadanos soviéticos. Si el control sobre los términos utilizados en la discusión es una forma de poder, el desplazamiento del marxismo por el patriotismo y el nacionalismo representa una derrota importante para el Partido Comunista y una victoria para la oposición nacionalista.

La erosión de la antigua fe, según algunos, comenzó con el "discurso secreto" de Khrushchev en 1956, en el cual explicó ante los más altos dirigentes del partido y un grupo selecto de intelectuales, la extensión de los supuestos crímenes de Stalin. Para otros, la breve era reformista bajo Khrushchev generó esperanzas de que el partido pudiera abrir el sistema supercentralizado y burocratizado hacia una mayor participación popular —esperanzas que fueron anuladas por la purga de Khrushchev y el advenimiento al poder del régimen de Brezhnev, más conservador, en 1964. Pocos fueron inspirados a renovar su fe bajo el dominio de éste último, y la demoralización y el cinismo omnipresentes de la dirigencia durante ese período contribuyeron a la pasividad y al pesimismo de millones de ciudadanos ordinarios. Dentro del contexto de esa extendida pérdida de fe, los más valientes y osados se aventuraron a la disidencia activa. Al mismo tiempo, los nacionalistas de las repúblicas no rusas comenzaron abiertamente a expresar su descontento con las políticas de Moscú.

En aquellos años de reforma inconclusa y de posterior y constante retrinchamiento, se sembraron otras semillas en las regiones no rusas, que darían origen a persistentes problemas políticos. Las reformas administrativas de Khrushchev durante los años cincuenta y comienzos de los sesenta, que concedieron una mayor autonomía a las repúblicas no rusas, permitieron el surgimiento de poderosas y corruptas élites locales. Aunque la descentralización económica y política llevada a cabo por Khrushchev había roto la estructura de poder altamente concentrado del stalinismo y había devuelto poder a las regiones y repúblicas, las reformas se detuvieron antes de crear los necesarios controles democráticos desde abajo. Como consecuencia, los funcionarios locales pudieron atrincherarse como intermediarios indispensables entre las autoridades centrales y el pueblo local, a menudo logrando amasar un tremendo poder personal. A estas élites se les permitió un amplio poder discrecional dentro de sus regiones, siempre y cuando los indicadores económicos no llegaran muy bajo y el nacionalismo local fuera contenido dentro de límites aceptables.

La estructura administrativa descentralizada facilitó una corrupción generalizada en muchas repúblicas. Los lazos familiares cercanos y la afinidad cultural sirvieron como eslabones entre miembros de la nacionalidad dominante para tejer elaboradas redes de actividades económicas ilegales, mientras se excluían a otros, particularmente a los miembros de otros grupos étnicos. Estas "mafias" étnico-políticas disfrutaron de un reinado relativamente libre en las regiones fronterizas de la Unión Soviética. Georgia, Armenia y Asia Central fueron particularmente notorias como zonas boyantes de padrínazgos e ingeniosidad empresarial. Al mismo tiempo, las minorías étnicas en varias repúblicas, tales como los armenios en Azerbaiján, los abjasios en Georgia, y los tadjiks en Uzbekistán, experimentaron discriminaciones que no fueron reconocidas por las autoridades. Los rusos de las repúblicas no rusas también se quejaron de discriminación, arguyendo que las políticas de "acción afirmativa" que favorecían la nacionalidad dominante en cada república habían degenerado en amiguismo y nepotismo. Podía apreciarse una reacción, más generalmente entre los grandes rusos, quienes se quejaban de que entre todos los pueblos soviéticos sólo ellos no fueran libres de expresar sus aspiraciones nacionales y de que fueran las víctimas de los pueblos morenos de Asia Central y Caucasia.

La cuestión del idioma ha demostrado ser un importante campo de batalla entre Moscú y los no rusos, así como la fuente de una gran cantidad de resentimientos contenidos. La política oficial soviética promueve el bilingüismo en las repúblicas no rusas, alentando a los ciudadanos a adquirir fluidez tanto en el idioma ruso como en el local. Sin embargo, desde mediados de los treinta, el ruso ha ocupado en realidad un lugar privilegiado en la vida nacional. Los no rusos deben aprender el ruso, mientras que los rusos que viven en una república nacional no están obligados a aprender el idioma local. Muchos consideran que hablar fluidamente en ruso es un signo de madurez intelectual o de lealtad a la empresa soviética. Khrushchev dejó esto bastante claro al proclamar en las escaleras de la Universidad Estatal de Bielorrusia: "Entre más pronto todos aprendamos a hablar ruso, así mismo construiremos el socialismo".

El ruso representa tanto oportunidades como amenazas; por un lado el acceso a la literatura mundial y a la ciencia, pero también la posibilidad de que la propia lengua materna pueda ser reducida a un "lenguaje de cocina". El Estado defiende su política de enseñar ruso a todos los ciudadanos soviéticos con base en razones económicas y de seguridad: y, el argumento de que la federación requiere de un medio de comunicación interétnica aparentemente tiene sentido. Pero el estatus privilegiado del ruso ha contribuido a la declinación del uso de otros idiomas, particularmente aquellos cercanos a ese idioma, como el bielorruso y el ucraniano.

En recientes discusiones, funcionarios que simpatizan con las aspiraciones de los nacionalistas han apoyado la elevación de los idiomas indígenas de las repúblicas a la condición de idioma oficial del respectivo Estado, siempre y cuando se respeten los derechos de los ruso-parlantes y de las minorías. Los estonios han intentado ir más lejos, exigiendo la fluidez en su idioma nativo a todos los funcionarios del Estado local. Las manifesta-

ciones masivas en contra de esta propuesta por parte de los no estonios, quienes constituyen casi la mitad de la población de la república, han demostrado que la cuestión del idioma puede ser tan divisoria como la del territorio¹⁴.

La acumulación de reclamos y tensiones nacionalistas bajo sus predecesores ha presentado a Gorbachov un formidable desafío. En lugar de gobernar sobre un pueblo unificado por una ideología, una cultura y un idioma comunes, el nuevo líder soviético heredó un país fragmentado cuyo pueblo estaba desilusionado con la ideología que legitimaba su régimen. En las repúblicas no rusas, su programa fue amenazado por docenas de conflictos étnicos potencialmente explosivos, el poder de élites locales enconchadas y listas a resistir las presiones de las autoridades centrales, y un número creciente de movimientos de oposición independientes. En estas circunstancias, Gorbachov buscó cumplir una tarea aparentemente imposible: mantener intacto el Estado multinacional más grande del mundo, y al mismo tiempo llevar a cabo reformas políticas y económicas que amenazaban con dar rienda suelta a toda suerte de fuerzas centrifugas hasta ahora contenidas. A su vez, los estruendos de la agitación nacionalista ciertamente podrían fortalecer a aquéllos en la cima del aparato político que cuestionaban la necesidad de una reforma radical. Es claro que determinar un rumbo en estas aguas traicioneras no es una tarea apta para los débiles de espíritu.

La respuesta de Gorbachov

A PESAR DE TODO SU ATREVIMIENTO Y VISION NO FUE INMEDIATAMENTE evidente que Gorbachov estuviera equipado para manejar el surgimiento del nacionalismo. De acuerdo con un especialista en la política soviética, el mandatario es “en algunos aspectos el más provinciano de los líderes soviéticos”¹⁵. Ha hecho toda su carrera en la porción rusa de la Unión Soviética, primero en el pueblo sureño de Stavropol y luego en Moscú. Con la excepción de unos pequeños grupos minoritarios que vivían en su región natal, Gorbachov tuvo poca experiencia directa con los no rusos antes de ser elevado a la cabeza del Partido Comunista soviético. Aún después de convertirse en administrador en jefe del imperio multinacional más grande del planeta, un temprano *lapsus linguae* en Kiev —en donde se refirió a la Unión Soviética como a “Rusia”— convenció a muchos observadores de que Gorbachov no tenía una sensibilidad hacia los ciudadanos soviéticos no rusos¹⁶.

No obstante sus anteriores experiencias e inclinaciones personales, rápidamente ha adquirido estatura para enfrentar el desafío nacionalista, aprendiendo de sus errores y fallas y efectuando los ajustes necesarios en su visión

del problema. Los contornos de su política nacional han sido definidos por las realidades de la situación: la necesidad urgente de reformar la economía soviética; la acumulación de reclamos y tensiones étnicas que habían dejado sin atención las direcciones anteriores y la explosiva aparición de movilizaciones nacionalistas durante los últimos dos años han demandado su atención inmediata.

El patrón de los nombramientos hechos por Gorbachov para las posiciones elevadas dentro del partido y el gobierno ilustra su habilidad para aprender de sus errores y de los diversos —y a veces enfrentados— requerimientos que han venido conformando su entendimiento con las nacionalidades no rusas. En general, ha designado a rusos étnicos. 50 de los 55 ministros nombrados durante los dos y medio años del régimen de Gorbachov son rusos, como lo eran todos menos tres de los 20 miembros y candidatos al Politburó a finales de 1988. De hecho, una de las primeras crisis de su gobierno surgió cuando reemplazó al por mucho tiempo secretario del partido en Kazakhstán, Dinmukhamed Kunaev, un kazak étnico, por Gennadii Kolbin, un ruso.

Pero el argumento de que esos nombramientos revelaban una inclinación al nacionalismo ruso por parte de Gorbachov, o al menos una poca consideración por los no rusos, debe ponerse en duda a la luz de otras designaciones para cargos elevados. Los nacionalistas rusos no debieron sentirse complacidos cuando nombró al georgiano Eduard Shevardnadze como ministro de Relaciones Exteriores, convirtiendo así a un no ruso en el principal portavoz internacional de la Unión Soviética. Además, con la excepción de Kolbin, todos los primeros secretarios del partido en las regiones no rusas nombrados por Gorbachov han sido cuadros nativos. Sin embargo, muchos de ellos han sido transferidos desde fuera de la maquinaria política local. Por ejemplo, Abdul-Rahman Vezirov, nombrado secretario del partido en Azerbaiján en mayo de 1988, era un diplomático de carrera antes de ser destinado a Bakú.

En general, los nombramientos hechos por Gorbachov para las repúblicas no rusas han sido motivados por sus metas más amplias de reforma. La selección de primeros secretarios del partido (todos han sido reemplazados desde 1935, con la excepción de Volodymyr Shcherbitsky en Ucrania y Semen Grossu de Moldavia) que apoyen sus programas es definitiva para el éxito de la reconstrucción económica, que requiere antes que nada poner fin a la corrupción, al soborno y el favoritismo en la selección de cuadros, y erradicar otras prácticas ilegales que han llegado a ser cotidianas en buena parte de la Unión Soviética.

La purga sistemática de las organizaciones regionales del partido desde el ascenso de Gorbachov al poder en 1985, ha sido diseñada tanto para dismantelar las maquinarias locales del partido, como para incrementar la influencia de los partidarios de las reformas impulsadas por Gorbachov. En Uzbekistán, los juicios públicos contra funcionarios de la maquinaria del finado jefe del partido, Sharaf Rashidov, demostraron que la corrupción llegaba directamente hasta la familia Brezhnev. En Armenia, el partido comunista local se resistió a los repetidos llamados de Moscú para que se auto-reformara; el primer secretario, Karen Demirjian, sólo cayó en mayo de 1988.

14/ “Estonian Autonomy? — A Russian Backlash”, (“¿Autonomía Estoniana? — Un retroceso ruso”), *Current Digest of the Soviet Press*, XLI, 12, Abril 19, 1989, pp. 16-20.

15/ Zvi Gitelman, “Gorbachev’s Reforms and the Future of Soviet Jewry” (“Las reformas de Gorbachov y el futuro de los judíos soviéticos”), *Soviet Jewish Affairs*, XVIII, 2 (1988), p. 4.

16/ Bohdan Nahaylo, “Nationalities”, en Martin MacCauley, ed., *The Soviet Union Under Gorbachev* (Londres: Macmillan, 1987), pp. 86-87.

durante los sangrientos enfrentamientos entre armenios y azerbaijanos por la región de Karabakh. Los esfuerzos para remover las organizaciones locales del partido han tenido más éxito en las repúblicas bálticas, en donde los recién designados dirigentes han reformado vigorosamente sus partidos y han abierto el diálogo con los frentes populares nacionales.

Aunque los imperativos de la reforma económica pueden ser de importancia primordial para Gorbachov en su escogencia de altos funcionarios del partido, ha tenido no obstante que acomodarse a las preferencias nacionalistas. Afectado por los sucesos de Alma Ata de diciembre de 1986, cuando estudiantes kazaks se tomaron las calles para protestar por el nombramiento de Kolbin, Gorbachov ha sido cuidadoso en seleccionar miembros de grupos étnicos locales como sus lugartenientes en las repúblicas. Sin embargo, ha rechazado el criterio étnico o de cuotas para escoger a los miembros de los órganos centrales del poder. A diferencia de Brezhnev, cuyo Politburó incluía una media docena de secretarios de las repúblicas, Gorbachov no ha elevado automáticamente a funcionarios locales destacados a las cumbres del poder. Antes que impulsar una política pro-rusa de nombramientos, él parece tener un enfoque que prescinde de la cuestión étnica para las designaciones centrales en el gobierno y el partido. Pero en forma similar a lo que ocurre en los Estados Unidos, las opciones entre las cuales se hacen los nombramientos no son equitativamente representativas de todas las etnias o no reflejan únicamente los méritos. Los hombres rusos, urbanos y provenientes de familias privilegiadas, tienen una mayor oportunidad de estar entre los candidatos que los no rusos, las mujeres, los habitantes rurales o aquéllos hereditariamente excluidos del selecto número de los escogidos. Recientemente, el economista soviético A.I. Prigozhin, escribió candidamente acerca de la especial situación de los rusos como "un pueblo —patrón con respecto a las otras nacionalidades"— una relación inequitativa que según él, ha dado origen a una creciente rusofobia¹⁷.

La crisis nacionalista de los últimos dos años en Transcaucasia y el Báltico ha puesto en evidencia que la "negligencia benigna" de las naciones no rusas ya no es una opción para la dirigencia soviética. Estos eventos han provisto a Gorbachov de un rumbo pragmático en la cuestión nacional y lo han forzado a construir una política de nacionalidades por la vía ensayo y error. A partir de unas respuestas improvisadas por parte del liderazgo soviético, comienza a tomar forma una política nacional más coherente.

En Transcaucasia, la dirección soviética intentó aplicar una solución militar a la agitación nacionalista. En febrero de 1988 una ola de violencia interétnica fue detonada por la persistente disputa sobre Nagorno-Karabakh, una región predominantemente armenia localizada en la vecina república de Azerbaijón. La difícil simbiosis que ha marcado la coexistencia entre armenios y azerbaijanos durante 70 años, se rompió cuando los partidos comunistas locales perdieron el control de las calles frente a los nacionalistas. En

Azerbaijón, los funcionarios locales fueron incapaces o no desearon prevenir la erupción de la violencia; fueron masacrados varios armenios en Sumgait y fueron muertos varios soldados soviéticos por azerbaijanos en Kirovabad. A su vez los armenios reaccionaron contra los azerbaijanos, y se produjeron migraciones masivas de refugiados de república a república.

En Armenia, un partido comunista que permanecía sustancialmente ajeno a las reformas, y que estaba desacreditado ante los ojos de su propio pueblo, perdió autoridad frente al comité nacionalista de Karabakh, que se convirtió virtualmente en un segundo gobierno. Enormes muchedumbres, que a veces alcanzaban cantidades de cientos de miles de personas, se manifestaron casi continuamente en favor de la devolución de los territorios armenios de Azerbaijón, y de la salida de la "mafia" que gobernó a Armenia por décadas. A finales de 1988, luego de que un devastador terremoto destruyera pueblos y aldeas en Armenia noroccidental, Moscú cayó sobre el comité Karabakh para terminar con el doble poder en la república. Fueron arrestados líderes nacionalistas, y ambas repúblicas fueron puestas bajo la ley marcial. Las demandas máximas tanto de armenios como de azerbaijanos fueron rechazadas, y en enero de 1989 Karabakh quedó bajo el directo control de Moscú.

También en Georgia los soviéticos intentaron una solución militar a la agitación nacionalista, con consecuencias trágicas. Como en el caso anterior, un conflicto interétnico disparó el problema. Una república próspera y envidiada, Georgia había tenido unas tempranas reformas durante la secretaría de Eduard Shevardnadze (1972 a 1985); los peores promotores de la economía ilegal fueron arrestados, y declinó la corrupción en los círculos oficiales, aunque no fue eliminada. Los nacionalistas georgianos realizaron avances significativos bajo Shevardnadze, más notoriamente durante 1978 cuando los manifestantes lograron presionar al gobierno para mantener el georgiano como idioma oficial de la república en la nueva Constitución.

Al mismo tiempo, sin embargo, los no georgianos residentes en la república se sintieron víctimas del favoritismo mostrado hacia la mayoría georgiana. Los abjazianos, quienes son una minoría en su propia república autónoma en la costa georgiana sobre el Mar Negro, protestaron en 1978 contra las restricciones impuestas por los georgianos a su desarrollo económico y cultural, y solicitaron sin éxito que su región fuera incorporada a la república rusa. A comienzos del año pasado, los abjazianos aprovecharon la oportunidad creada por la *glasnot* para hacer un nuevo intento de separarse de Georgia. En respuesta, activistas georgianos movilizaron a los estudiantes de Tbilisi, la capital georgiana, contra las demandas abjazianas. Las muchedumbres crecieron a comienzos de abril hasta cientos de miles de manifestantes, y los separatistas hicieron llamamientos a la independencia de Georgia de la Unión Soviética. El 9 de abril, las tropas soviéticas cayeron contra una manifestación masiva en Tbilisi central, golpeando y arrojando gases brutalmente sobre los congregados. Por lo menos 21 personas murieron. Shevardnadze voló a Georgia y amonestó a los dirigentes de la república por "su decisión de recurrir a la ayuda de las tropas y de hablar con el pueblo

17 / *Vek XXI mir*, No. 12 (1988), p. 10; citado por Bohdan Nahaylo, "Gorbachev Disavows Merging of Nations", *Radio Liberty Report on the USSR*, 1, 5, Febrero 3, 1989, p. 25.

desde atrás de tanques y vehículos blindados”¹⁸. Los dirigentes georgianos renunciaron y un sentimiento de depresión y confusión se apoderó de la república.

La “alternativa caucasiana” rápidamente demostró ser inadecuada para resolver el conflicto nacionalista. De hecho, la utilización de la fuerza militar sólo sirvió para exacerbar las tensiones, resultando en derramamiento de sangre y en un continuo problema político. En Armenia, los manifestantes siguieron en su empeño aún sin la mano directriz de los dirigentes nacionalistas arrestados (estos fueron finalmente liberados en los últimos días de mayo); cientos de miles de personas continuaron presionando la remoción de los principales funcionarios del partido y del gobierno de la república. Más aún, la rabia y la frustración populares han conllevado una erosión del apoyo a los programas de Gorbachov. Los armenios se mostraron notablemente apáticos durante las recientes elecciones para el nuevo Congreso de Diputados del Pueblo.

En contraste, la respuesta de Moscú a las demandas nacionalistas de las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania ha sido mucho más conciliadora. La “alternativa báltica” ha estado marcada por una reforma relativamente rápida y exitosa de los dirigentes de los partidos comunistas locales y por el mantenimiento de un diálogo entre los partidos y los frentes populares nacionalistas. En 1988, todos los dirigentes de los tres partidos en el Báltico fueron reemplazados por figuras más populares y acomodaticias, quienes hicieron atrevidos llamamientos conciliatorios a los sentimientos nacionalistas.

En Estonia los ciudadanos respondieron a las movilizaciones de Transcaucasia con sus propias manifestaciones y la formación de un frente popular. En junio de 1988, el recientemente designado líder del partido, Varino Valas, un compañero de estudios de Gorbachov, permitió la izada de la bandera azul, blanca y negra del Estado estoniano independiente. Se levantaron las restricciones sobre la discusión pública del pacto nazi-soviético de 1939 y de su “protocolo secreto” que cedió las repúblicas bálticas a la esfera de influencia soviética. En Lituania, el jefe del partido, Ringandas Songailia, fue destituido luego de que empleó la fuerza para disolver una manifestación con motivo del aniversario del pacto¹⁹.

En cada una de las tres repúblicas se conformaron frentes populares con un masivo apoyo popular y una agenda nacionalista, que significó un gran desafío a la autoridad del partido. En Lituania el frente conocido como Sajudis barrió en las elecciones de marzo de 1989 para el Congreso de Diputados del Pueblo; los frentes de Letonia y Estonia tuvieron éxitos similares. Se hicieron repetidos llamamientos a la independencia, y las legislaturas bálticas aprobaron resoluciones que cuestionaban la legitimidad de las leyes moscovitas en sus respectivas repúblicas. Aunque a finales de 1988 el

Soviet Supremo rechazó el reclamo estoniano de que su parlamento podía vetar las leyes aprobadas en Moscú, este abierto desafío a la autoridad central no concluyó en ley marcial ni arresto de nacionalistas. Por lo menos hasta ahora, en las repúblicas bálticas el diálogo con el pueblo no se ha hecho detrás de los tanques.

La “alternativa báltica” demostró, por tanto, que las autoridades soviéticas habían aprendido algunas lecciones importantes del fracaso de sus políticas en Transcaucasia. El resultado fue al menos moderadamente alentador. El enfoque conciliatorio hacia el nacionalismo no sólo evitó el derramamiento de sangre y la alienación ocasionados por la coerción, sino que además ha mantenido la posibilidad de una solución negociada, incluso de un nuevo arreglo constitucional que revisaría las relaciones entre Moscú y las repúblicas. Mientras que el empeoramiento de las tensiones y la ruptura con Moscú sigue siendo aún posible, por ahora el conflicto ha sido contenido.

En Bielorrusia, Moldavia y otros lugares, las autoridades han seguido una línea más dura, buscando contener los movimientos nacionalistas y recurriendo inclusive ocasionalmente al uso de la fuerza. Pero aun en estos casos, los nacionalistas han logrado conseguir algunas concesiones. En Bielorrusia, los actos conmemorativos en honor a las víctimas del terror fueron disueltos por la policía, pero cuando los jóvenes organizadores encontraron que sus planes habían sido desbaratados por los funcionarios bielorrusos, aceptaron una invitación a reunirse en la vecina Lituania. La maquinaria del partido moldavo, aún intacta desde los días de Brezhnev, inicialmente rechazó las demandas de los nacionalistas de reconocer la unidad de los idiomas moldavo y rumano, de hacer del moldavo el idioma oficial del Estado, y de cambiar la escritura cirílica de nuevo por la latina. Las autoridades disolvieron manifestaciones, golpearon a los participantes, arrestaron a los dirigentes y se rehusaron a iniciar el diálogo. Sin embargo, inesperadamente en la primavera de 1989 los dirigentes de la república concedieron una de las demandas claves de los nacionalistas, adoptando una resolución que elevaba el moldavo a la condición de idioma oficial de la república.

Mientras que el Estado soviético y sus grupos constitutivos intentaban resolver el asunto esencial de su futuro político, durante los tumultuosos sucesos de 1988 y 1989, Gorbachov maniobraba entre la confrontación y la conciliación. Al parecer llegó a la conclusión de que los costos de la confrontación, tan a menudo aceptados en el pasado por los bolcheviques, podrían ser demasiado altos para un líder que aspiraba a transformar un imperio autoritario en una democracia socialista multiétnica.

Cuando se reunió en Moscú el Congreso de Diputados del Pueblo a finales de mayo, la naturaleza precisa de los derechos y prerrogativas de las repúblicas permanecía abierta a la negociación y el compromiso, con una limitación importante: Gorbachov ha sido muy claro en establecer que la autonomía territorial y étnica no puede extenderse hasta la total independencia. Repetidamente ha declarado que favorece una mayor autonomía de las regiones étnicas, pero que se opone al separatismo y al “exclusivismo nacional” (excesivos privilegios para la nacionalidad dominante en cada

18 / *Pravda*, abril 16, 1989, p. 3; *Current Digest of the Soviet Press*, XL1, 16 (Mayo 17, 1989), p. 9.

19 / Alexandr Rahr, “Lithuanian Party Leadership Demands More Autonomy”, *Radio Liberty Research*, RL 499/88 (Noviembre 1988), pp. 1-4.

república, o el alejamiento de los rumbos generales de la Unión Soviética). Pero esta formulación pragmática de las relaciones centro-periferia ha creado un difícil dilema para Gorbachov. En el pasado, una mayor autonomía de las repúblicas condujo a la dominación de "mafias" étnicas locales, mientras que la descentralización económica ha llevado a la expansión de la "economía secundaria", y la autonomía cultural ha nutrido al nacionalismo. Todos estos resultados son potenciales amenazas para el éxito de la implementación de los programas de Gorbachov. Las metas económicas de la *perestroika* no pueden ser logradas si se permite que las élites locales usufructúen el sistema, como lo hicieron en el pasado. Tampoco puede el Estado soviético tolerar las tendencias centrifugas generadas por un nacionalismo en movilización permanente.

El nuevo internacionalismo soviético

CON BASE EN SUS ENCUENTROS INICIALES CON EL NACIONALISMO y conscientes de los dilemas que enfrentan, Gorbachov y sus asesores cercanos han comenzado a buscar nuevos enfoques hacia los pueblos no rusos. Hasta ahora, la retórica del Secretario General ha enfatizado en los peligros que representan las expresiones nacionalistas militantes para la *perestroika*, incluyendo al nacionalismo ruso. Pero también ha empezado a dar muestras de una mayor sensibilidad hacia los temores por una rusificación de facto y una dominación eslava.

Debido a la ambivalencia histórica de la tradición leninista hacia la cultura étnica, Gorbachov dispone de un espacio considerable para maniobrar en la reconceptualización de la política soviética sobre las nacionalidades. Khrushchev, quien insistió en que todas las distinciones nacionales deberían ser erradicadas y en que los pueblos soviéticos se integrarían por último en una sola nación, presentó su enfoque como un "retorno al leninismo". Sin embargo, los subsiguientes líderes soviéticos, también clamando ser fieles a Lenin, han desestimado tales predicciones sobre un gradual acercamiento (*sblizhenie*) y una eventual integración (*sliianie*).

En enero de 1989, Gorbachov rechazó explícitamente la idea de una integración y anunció que el Partido Comunista no podía permitir "la desaparición ni aun del pueblo más pequeño" ni la "desaparición del idioma del pueblo más pequeño". En una conferencia ante intelectuales, reiteró varios temas que han caracterizado sus pronunciamientos sobre la cuestión de las nacionalidades. Primero, admitió que la cuestión de los pueblos no rusos había sido lastimosamente desatendida en el pasado. "Comenzamos a descansar sobre los laureles, creyendo que todo el asunto había sido resuelto". Segundo, declaró su apoyo a lo "nacional" pero no a lo "nacionalista":

Cada nación poseedora de su propia intelectualidad, su propia cultura y que intenta comprender sus logros, se vuelve hacia las raíces de su pueblo y desea entender en dónde comenzaron los éxitos de hoy. Esto es bueno y es normal. Y lo es hasta que alguna nación, utilizando como cubierta la necesidad de desarrollar su cultura, su idioma y sus tradiciones, repentinamente se declara como una "supernación". En fin de cuentas, este enfoque conduce al aislamiento de otras culturas.

Pero el tema recurrente de Gorbachov es que el conflicto étnico socava seriamente la *perestroika* y le hace el juego a sus enemigos:

Todo aquello que conduzca al enfrentamiento de las naciones y los pueblos, y a acentuar las pasiones nacionalistas, todo llamado al aislamiento y a la exclusividad nacionales — para no mencionar las consignas y llamamientos radicales— es inaceptable. Si esto se extendiera, haría un daño enorme a nuestra causa común y complicaría muy seriamente todo el proceso de reestructuración...²⁰

La política de nacionalidades de Gorbachov, hasta el punto que exista como una política coherente, no es nacionalista rusa (aunque tiene elementos rusófilos y por omisión favorece a los rusos) ni está dispuesta a tolerar el crecimiento de un nacionalismo étnico más allá de los límites prescritos. Podría caracterizarse como un nuevo tipo de "internacionalismo soviético". Este enfoque, un retorno consciente a una particular comprensión del leninismo, aspira a un Estado multinacional en el cual las nacionalidades tendrían una autonomía cultural, económica y política —talvez bajo una Constitución genuinamente federal— pero no la soberanía total deseada por los separatistas. Los contornos futuros de esta confederación tendrán que ser trabajados en duras negociaciones entre Moscú y las repúblicas, y dentro de la alta dirigencia misma.

Más que una construcción ideológica, el internacionalismo soviético de Gorbachov es una respuesta más bien pragmática al problema de gobernar un imperio multinacional. Para muchos en la Unión Soviética, particularmente aquéllos de las élites dirigentes tanto rusas como no rusas, una ideología extranacional tiene una utilidad extraordinaria como legitimadora y como aglutinante de un Estado multinacional. En la política, donde las formas teóricas son capaces de disfrazar, reforzar o minar las organizaciones sociales y políticas existentes, quien pueda establecer y controlar los términos del discurso adquiere un grado importante de poder. Mientras que el nacionalismo es divisor, enfatizando en las distinciones y haciendo reclamos territoriales y de otros derechos y privilegios, una doctrina internacional como el marxismo-leninismo, así se encuentre de capa caída en el momento, contiene el potencial de unir a distintos pueblos en una visión común. Una ideología genuinamente internacional capaz de presentarse como una alternativa al estrecho discurso del nacionalismo, sería un gran activo en los esfuerzos de Gorbachov por preservar la Unión Soviética como un Estado unificado.

Mientras la dirección se esfuerza por reconceptualizar el Estado multinacional soviético, inquietos grupos étnicos están aprovechando la incertidumbre del Estado con el objetivo de hacer una fuerte presión por lograr el máximo de autonomía. Al mismo tiempo, la crisis y la confusión que han resultado de este período de redefiniciones, han ofrecido a las fuerzas más conservadoras dentro del Estado la oportunidad de resistir, o de intentar modificar al menos, el rumbo de Gorbachov.

La cada vez más intensa lucha sobre la cuestión de los derechos políticos y culturales de las nacionalidades soviéticas ha polarizado el discurso

²⁰ / *Pravda*, Enero 8, 1989; *Current Digest of the Soviet Press*, XLI, 1 (Febrero 1, 1989), pp. 7-8; Nahaylo (nota 17), pp. 23-26.

interno soviético en los años recientes. En un extremo, los separatistas nacionalistas pujan por la total independencia; en el otro, los conservadores del centro trabajan por minimizar la dispersión del poder hacia abajo y hacia afuera del Kremlin. Los reformadores se han visto aturridos por la ferocidad de los odios étnicos y la rapidez con la cual las cuestiones de idioma y soberanía han podido movilizar tanto a rusos como a no rusos. Los conservadores que se oponen al cambio advierten que los rápidos cambios de los años anteriores han debilitado peligrosamente el Estado y la autoridad del partido, y predicen más sucesos como el de Karabakh en el futuro soviético. Pero no es probable que los nacionalistas radicales o los conservadores restauracionistas triunfen al final.

Debido a la movilidad poblacional en una sociedad sofisticada, educada y urbanizada y a la concurrencia del despertar de la conciencia étnica, por ahora está cerrada la posibilidad de un retorno a la estabilidad stanilista. Los herederos más conservadores del bolchevismo pueden aún desear que las demandas étnicas se mantengan tanto como sea posible, al menos hasta que un mejoramiento material disminuya la intensidad de aquéllas. Pero el "economicismo" del bolchevismo es confrontado por la evidente independencia de la cultura y de la etnopolítica frente al desarrollo económico. Aparentemente la ironía de que sean las áreas más prósperas de la Unión Soviética —el Báltico y la Transcaucasia— las que lideran el camino de las masivas expresiones de nacionalismo, aún tiene que impactar la mente de algunos líderes conservadores del Kremlin. Aun cuando todavía pueden percibirse los instintos de la vieja cultura política en los informes continuamente distorsionados sobre los movimientos nacionalistas, en el uso ocasional de la policía y el ejército para prevenir o dispersar manifestaciones de masas y en las esperanzas de los elementos antirreformistas en que el desafío nacionalista se autodestruirá con la violencia étnica, no hay posibilidades de un regreso a los años en que la represión pacificó y despolitizó a la nación.

Aquéllos que añoran un período anterior de estabilidad están olvidando el hecho de que los agravios que se acumularon bajo Khrushchev y Brezhnev fueron la causa que produjo en primer término la bomba de tiempo de la violencia étnica y nacionalista. Como lo dijera el lugarteniente de Gorbachov, Aleksandr Yakovlev, ante una reunión en Tbilisi en febrero pasado, la acusación de que la *perestroika* ha ocasionado la explosión de los conflictos nacionalista ignora

*(el largo) período de corrupción, injusticia social y estructura feudal locales... la torpe y a veces irresponsable ubicación de las fuerzas productivas... el diktat departamental... los crímenes ecológicos... el olvido del pasado y de las sanas tradiciones populares, y una insuficiente atención a la historia, el idioma y la cultura nacionales. Estos y otros problemas se acumularon durante décadas, pero por algún tiempo permanecieron escondidos, fueron mantenidos ocultos por una falta de deseo de mirar la verdad a la cara. La reestructuración removió esa presión, demandó un análisis imparcial de los hechos, e incluyó estos problemas en su plataforma política. Sólo la reestructuración provee una oportunidad para enfrentarlos...*²¹

21 / Pravda, febrero 28, 1989; Current Digest of the Soviet Press, XLI, 9 (Marzo 29, 1989), pp. 6-7.

En otras palabras, el surgimiento del nacionalismo no desacredita el programa de Gorbachov; por el contrario, en vista de la incapacidad de los conservadores para ofrecer cualquier alternativa real a la *perestroika*, el empeoramiento de la situación sólo enfatiza en la necesidad de una reforma radical.

En tanto que parece poco probable que los conservadores tengan la oportunidad de desatar una represión total contra los activistas étnicos, tampoco es factible que los nacionalistas radicales vean sus sueños más queridos convertirse en realidad. Entre los nacionalistas el santo y seña es independencia, soberanía y autodeterminación. Sin embargo, dados los costos políticos reales de una independencia total, tales demandas maximalistas eventualmente darán paso a otras más moderadas. Por cierto que los nacionalistas tienen unas potentes armas para usar en contra de las autoridades centrales —apoyo masivo en muchas repúblicas, alternativas claras a las desacreditadas políticas del Partido Comunista, y la posibilidad de sabotear las metas económicas de la *perestroika*. Sin embargo los defensores del internacionalismo soviético también pueden alistar a su lado armas poderosas, entre las cuales las no menos importantes son las grandes fuerzas económicas, políticas y culturales que mantienen unida a la Unión Soviética.

Los analistas occidentales a menudo han notado las presiones desestabilizadoras, descentralizadoras y centrifugas generadas por el nacionalismo en la Unión Soviética, pero han escrito menos sobre la existencia simultánea de grandes fuerzas estabilizadoras, integradoras y centripetas. Estas últimas claramente le sirven a Gorbachov en su intento de colocar el enfoque internacionalista soviético en su sitio. Primero, la economía soviética es una red enorme e integrada, compuesta por complejas y móviles relaciones entre las repúblicas y las regiones. Las materias primas de las áreas menos desarrolladas, por ejemplo, abastecen la producción industrial de regiones con mayor desarrollo. Incluso los más eficientes productores soviéticos, como aquellos de las repúblicas bálticas, se benefician de los mercados de ansiosos consumidores soviéticos y están protegidos de la competencia de los productores altamente tecnificados tanto de Occidente como de Oriente. En un mensaje instructivo enviado al parlamento de Yugoslavia, otro Estado multinacional amenazado por rivalidades nacionales, Gorbachov describía la integración económica y política de su país: "Tome cualquier república unida o autónoma, o la región que desee, y verá que ahora está prácticamente conectada con todas las demás partes del país por miles de lazos, y que es parte integrante del sistema político y económico nacional total, que ha evolucionado durante los años de gobierno soviético"²².

Segundo, la población de la Unión Soviética ahora se ha mezclado y es más móvil. El quince por ciento de todos los matrimonios soviéticos son de etnicidad mixta. Veinticinco millones de rusos viven en las repúblicas

22 / Mijail Gorbachov, *On The Basis of Full Equality, Independence and Mutual Respect, the Speech of the General Secretary of the CPSU Central Committee at the Skupstina of the Socialist Federal Republic of Yugoslavia, Belgrade, March 16, 1988* (Sobre la base de la total igualdad, independencia y respeto mutuo, discurso del Secretario General del Comité Central del PCUS ante la Skupstina de la República Federal Socialista de Yugoslavia, Belgrado, Marzo 16, 1988) (Moscú: Novosti, 1988), p. 7.

no rusas, y talvez tanto como 60 millones de ciudadanos soviéticos viven fuera de sus patrias étnicas. Aunque Armenia, con un 89 por ciento de su población de armenios, se aproxima más al ideal nacionalista de un Estado homogéneo étnicamente, los armenios que viven en su propia república son apenas dos tercios de todos los armenios de la Unión Soviética. Ninguna república está libre de minorías significativas, y muchos grupos viven una sustancial diáspora dentro de la Unión Soviética. Los uzbekos son más de un quinto de la población de Tadjikistan. Los lituanos y kazaks no conforman una mayoría en sus respectivas repúblicas. Durante las últimas décadas, la diversidad étnica aumentó en cinco repúblicas soviéticas (Ucrania, Bielorrusia, Letonia, Estonia y Moldavia), disminuyó en nueve (las repúblicas de Asia Central y Transcaucasia) y permaneció constante en una (Lituania)²³. Varias repúblicas (Estonia, Letonia, Moldavia y Kazakstán) tienen una proporción tan grande de rusos étnicos, que en realidad son Estados binacionales; en otras repúblicas coexisten ciudades predominantemente rusas o rusificadas, junto con pueblos y aldeas no rusas. A menudo, la división del trabajo dentro de una república está hecha a lo largo de líneas étnicas. Por ejemplo, en Asia Central los grupos étnicos indígenas están concentrados en la industria liviana, el sector de servicios y la agricultura, mientras que los rusos dominan la industria pesada y los sectores considerados estratégicos por Moscú²⁴.

La cultura intelectual rusa también sirve como una fuerza cohesionadora, permaneciendo tan atractiva e influenciadora para muchos intelectuales no rusos, como lo era en el siglo XVIII. Para los asiáticos centrales, transcaucasicos y las nacionalidades más pequeñas de Siberia y el Volga, el idioma ruso ha sido una ventana al occidente, y la intelectualidad rusa un modelo de valores humanísticos y cosmopolitas. En sus momentos más sobrios, los no rusos pueden apreciar que los rusos no se identifican todos con la élite dominante y el partido gobernante, sino que también hay allí gentes que comparten sus intereses por una vida más libre, más democrática y más tolerable.

Finalmente, los diversos pueblos de la Unión Soviética tienen diferentes actitudes frente a la nacionalidad rusa dominante y hacia las autoridades centrales, de las cuales no todas son hostiles o separatistas. Los estonios, letonios y lituanos son los que se sienten menos atados al Estado soviético, puesto que comparten mutuamente recuerdos de su independencia entre las guerras, y de la anexión forzada a la Unión Soviética. Para millones de gentes del Báltico, el pacto nazi-soviético y su "protocolo secreto", se han convertido en un símbolo fuerte de la pérdida de su soberanía

23 / I. V. Arutunian & Iu. Bromlei, eds., *Sotsial'no - kul'turnyi oblik sovetskikh natsii, po resul'tatam etnosotsiologicheskogo issledovaniia* (Moscú: Nauka, 1986), p. 36.

24 / La división del trabajo étnica no solo es horizontal, de industria a industria, sino también vertical: "Dentro de sectores individuales, los uzbekos tienden a dominar los trabajos más calificados o los menos calificados por fuera del proceso de producción, mientras que los eslavos y otros no asiático-centrales conforman la vasta mayoría de los trabajadores y cuadros técnicos de Uzbekistán, particularmente en la industria pesada". Nancy Lubin, *Labour and Nationality in Soviet Central Asia: An Uneasy Compromise (Trabajo y Nacionalidad en el Asia Central Soviética: Un Compromiso Difícil)* (Princeton: Princeton University Press, 1984) p. 83.

y de la ilegitimidad de los actuales regimenes en sus patrias. Los armenios están en el otro extremo, puesto que históricamente para sobrevivir, han dependido de la protección rusa, en una región donde podrían caer nuevamente presas de musulmanes hostiles. El pogrom de Sumgait reforzó los estereotipos armenios sobre la rapacidad de los musulmanes, y los llevó a levantarse de nuevo contra el espectro de la aniquilación. Así, aún a pesar de su desilusión con Gorbachov luego de que el Soviet Supremo rehusara permitir a Karabakh unirse con la república armenia, la percepción de la mayoría de los armenios, incluyendo a los nacionalistas, no ha cambiado; siguen considerando que su futuro está íntimamente atado al de la confederación soviética.

Los pueblos de Asia Central, por otra parte, tienen una relación más ambivalente con las autoridades soviéticas y las poblaciones étnicamente rusas que viven en su localidad. Algunos analistas occidentales han predicho un resurgimiento del fundamentalismo musulmán en el Asia Central Soviética, pero la agitación del Irán revolucionario y de Afganistán parecen por el momento no llamar mucho la atención de los musulmanes soviéticos. La seguridad, la tranquilidad y el mejoramiento material son beneficios reales que el sistema soviético ha traído consigo, y al menos los musulmanes urbanos se han adaptado a un nuevo estilo de vida. Pero esta aculturación no significa asimilación²⁵. Las distintas culturas de los musulmanes y de los inmigrantes europeos en Asia Central, así como la evidente discriminación y condescendencia de los rusos hacia los musulmanes, han dividido las ciudades del Asia Central en dos comunidades separadas. No obstante, al menos por el momento, las fuerzas que cohesionan estas repúblicas con el Estado soviético parecen ser suficientes para contener cualquier tendencia de resentimientos o de separación que pudiera existir.

Mientras que los factores que contribuyen a la integración soviética trabajan a favor de la agenda internacionalista de Gorbachov, el internacionalismo del país sigue siendo apenas una respuesta potencial a la cuestión de las nacionalidades.

Sus metas probablemente entrarán en colisión con los nacionalistas radicales. El enfoque internacionalista favorece una integración económica horizontal, a través de las fronteras étnicas, lo cual frustrará los objetivos nacionalistas de una completa autodeterminación. Gorbachov desea erradicar las mafias étnicas e introducir nuevos cuadros, con una experiencia más cosmopolita. Pero en muchas regiones, los nacionalistas están demandando una total democratización del proceso de selección de los dirigentes y el fin de los nombramientos de los líderes locales desde Moscú. Los nacionalistas también están haciendo llamamientos para que cese la práctica de designar regularmente a rusos como segundos secretaríos del partido local en las re-

25 / Michael Rywkin asevera que "a pesar de las diferencias regionales aumentadas por factores étnicos, el estilo soviético de vida no ha podido menos que influir en todos, exceptuando a los individuos más aislados culturalmente. La aculturación resultante (así como el bilingüismo que es parte de ella) no necesariamente conduce a la asimilación. Por el contrario, un cierto grado de aculturación puede aumentar la resistencia a la asimilación". *Moscow's Muslim Challenge: Soviet Central Asia (El desafío musulmán que enfrenta Moscú: el Asia Central Soviética)* (Armonk, N.Y.: M.E. Sharpe, 1982), p. 107.

públicas unidas, lo cual incrementa la influencia de Moscú. En general, las autoridades centrales desearían limitar los derechos étnicos tanto como fuera posible a la esfera cultural. Pero esta folclorización institucionalizada de los no rusos ha encontrado resistencia entre los intelectuales nacionalistas, quienes han conformado una amplia gama de sus propias cuestiones políticas, económicas y ecológicas.

No obstante, cualquier tipo de acomodamiento entre los nacionalistas moderados y los reformistas democráticos del Kremlin sigue siendo una opción real. Aunque el sistema federal en su forma presente es inadecuado para resolver las disputas étnicas o la cuestión de la autonomía de las localidades, un arreglo constitucional que defina claramente los poderes del centro y de la periferia, y que garantice los derechos políticos y culturales, podría convertir a la federación en un mecanismo que reduzca los conflictos. Concediendo una mayor democracia y autonomía local a las repúblicas, el Kremlin se liberaría de tener que tratar a diario con cuestiones culturales, económicas y políticas locales. Al mismo tiempo, sin embargo, Moscú tendría que aprender a guiar y persuadir a las repúblicas constitutivas de la Unión Soviética, antes que confiar únicamente en la conformidad y la coerción, como lo hacía en el pasado. Tendría que abandonar la "alternativa caucásica", y las técnicas de negociación y de compromiso que han caracterizado a la "alternativa báltica" tendrían que convertirse en hábitos de la práctica política de Moscú.

La muerte de armenios por azerbaijanos, y de turcos mesquetianos por uzbekos aparece como una advertencia de que la dirección soviética no dispone de mucho tiempo para refinar su enfoque hacia la solución a la cuestión nacional. Las víctimas de las tropas soviéticas en Georgia son testigos silenciosos del desastre que resultaría del uso de la fuerza. La única salida reside en el diálogo y la negociación, las concesiones y los compromisos, aunque éstos estén llenos de peligros e incertidumbres. Como Gorbachov lo ha dicho en numerosas ocasiones, no puede haber triunfadores en un conflicto étnico. Ningún grupo podrá realizar todas sus demandas, no importa cuán justas o razonables sean.

En sus cuatro años largos como Secretario General, Gorbachov ha demostrado ser un soberbio constructor de coaliciones, trabajando con gente tan distinta en sus puntos de vista como Aleksandr Yakovlev y Yegor Litgachev. A medida que construye su propia base de poder en el Congreso de los Diputados del Pueblo y en el recientemente elegido Soviet Supremo, Gorbachov tendrá que emplear sus considerables habilidades como político consensual, para atraer potenciales partidarios entre las gentes de la periferia soviética. Tendrá que demostrar a los armenios y a los georgianos, así como a los letonios, estonios y lituanos, que los beneficios que pueden lograr permaneciendo en una Unión Soviética democrática, son mayores que los de una separación, que conlleva muchos riesgos. Aunque las predicciones son para los astrólogos y no para los científicos sociales, es seguro afirmar que el futuro de la *perestroika* depende tanto de la acomodación de las demandas étnicas, como la "cuestión nacional" depende de una exitosa reforma de la política y de la economía soviéticas.